

# Mi Deber y Privilegio Como Madre

Meda P. De Aden



**Q**uiero enseñarle a mi hijo buenos hábitos: en cuanto a su salud, a comer comida sana, a dormir con las ventanas abiertas para que entre el aire puro, a lavarse las manos y las orejas, a atar los cordones de sus zapatos. ¡Hay mil cosas parecidas que tienen que aprender los hijos.

**Q**uiero enseñarle a ser cortés en sus gestos y de corazón, respeto para con sus mayores y cuidado con los pequeños.

**Q**uiero que sepa obedecer; que sepa perder sin protesta o rencor; y lo que a veces es más difícil todavía, que sepa ganar bien sin ser egoísta ni jactarse de su triunfo.

**Q**uiero que aprenda el valor del trabajo, del descanso y de las sanas diversiones.

**Q**uiero despertar en él un interés inteligente por la buena literatura; que llegue a conocer a los grandes hombres de todos los siglos por medio de sus libros y los relatos de sus hechos; que aprecie la poesía.

**Q**uiero darle la oportunidad de oír buena música y enseñarle a apreciarla.

**Q**uiero que aprenda a ver lo bello en la naturaleza – las flores, los árboles, los pájaros, las pampas, las montañas, los lagos, y los océanos.

**Q**uiero enseñarle una religión de alma y corazón para que tenga una experiencia vital del amor de Dios, inculcándole respeto por toda expresión de fe de los hombres.

**Q**uiero ser ejemplo de todo lo que predico. Quiero vivir día a día la religión que profeso, de tal manera que mi hijo pueda ver en mí el amor de Cristo reflejado en mi dedicación a los ideales más altos.

**Y**, ¿cómo le enseñaré?

**L**e enseñaré con paciencia. Las madres necesitan mucha paciencia. (“Lávate las manos”; “péinate”; “Hijo, los botines están sin lustrar”; “saluda a la señora.” Paciencia con el ruido que hace, con sus perros, gatos, y caracoles. Recuerdo el día que encontré las paredes casi cubiertas con caracoles de todos tamaños. Los chicos, mis hijos – muy chiquitos, por cierto, en aquel entonces – habían llenado el lavamanos con esos animalitos, dándoles agua, sin saber que ellos podrían escapar.

**P**acencia con los olvidos y los descuidos, con los malos genios y los entusiasmos sin límites. A veces la madre tiene bastante paciencia, a veces demasiada, y a veces poca. Somos muy humanas, las madres.

**L**e enseñaré con firmeza y constancia. La Biblia dice en Isaías 28:10, “mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá”. Día tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año. Ese es el deber de la madre.

**L**e enseñaré con amor. Con el amor que no es egoísta; con amor lleno de confianza en la integridad del muchacho. Con fe en su capacidad para crecer, aprender y tener éxito. Y, sobre todo, confianza en su buen corazón y sus buenas intenciones. Un amor que respeta al hijo como individuo y le da libertad de acción para poder llegar a sus conclusiones y decidir él mismo, enseñándole a juzgar entre lo bueno y lo malo. Un amor grande y sabio que ayude al muchacho a desarrollar su propia personalidad y le dé la mejor expresión posible. Un amor listo a compartir las alegrías y las tristezas; los placeres y las penas. Un amor que es, a la vez, un refugio en las luchas de la vida diaria, de la cual sale el hijo más fuerte para resistir la tentación, mejor preparado para seguir adelante y triunfar, con más fe en Dios y en la humanidad.

**¡Q**ué Dios me ayude a ser buena madre!

- de “El Herald de Santidad”